

regeneracion circuló rápido por toda la descendencia de Adan, y entonces empezó la verdadera civilizacion. La religion empezó á trabajar sin descanso por abolir la esclavitud, cosa que ninguna otra religion, ni legislador, ni filósofo, se habian atrevido á emprender ni aun á soñar, y suavizando la suerte de los esclavos, cuanto le ha sido posible, y formándolos para el estado social, han recibido de su manos dos grandes beneficios: la civilizacion y la libertad.

Otra no menos y lamentable esclavitud, que ha sido siempre una rémora para la civilizacion, es el imperio desordenado del hombre sobre la mujer, imperio llevado hasta el punto de considerarla como una esclava, y en muchos países hasta como una bestia, siendo como lo es, la ayuda y compañera del hombre; asi es que el primero de los hombres llamó á la mujer «carne de mi carne y hueso de mis huesos.» Privada pues de los derechos que Dios le habia otorgado, se la ve en los países donde no reina el cristianismo, miserablemente degradada, hecha el juguete de las pasiones brutales del hombre, y prostituida su alta dignidad por la poligamia y el divorcio, que es la peor especie de poligamia, porque destruye las familias, oprime á la madre y al hijo, é introduce la anarquía en la sociedad doméstica. Esta es la civilizacion de aquellos filósofos que, reusando la autoridad del catolicismo que ha velado y vela por los derechos inviolables de la mujer, ha juzgado que era mejor convertir el matrimonio en un contrato temporal, en una especie de arrendamiento revocable á su antojo, sin otra condicion que repartir los hijos, como al espirar el término contratado se reparten los animales nacidos en un rebaño habido de mancomun.

La religion católica, que es la religion de Jesucristo, entiendo de otro modo muy diverso la civilizacion en este punto, porque, basada en la caridad, elemento necesario de vida para la familia y para los pueblos, hace casi iguales los

derechos del hombre y de la mujer. «En Jesucristo, dice S. Pablo, escribiendo á los de Galacia, no hay diferencia entre el señor y el esclavo, entre el hombre y la mujer, porque todos vosotros sois un solo cuerpo en Jesucristo:» *omnes enim vos unum estis in Christo Jesu*. Esta religion proscribe la poligamia y las demás esclavitudes de la mujer, y encarga á los maridos la dulzura y el mas tierno afecto con sus esposas, recomendándoles no las traten con aspereza ó desagrado: *virí, diligite uxores vestras, et nolite amari esse ad illas*. ¡Ah! la mujer católica está altamente obligada á la religion que profesa, porque de ella recibe la dignidad que hoy tiene, y que ha debido tener siempre, entre los pueblos cultos y verdaderamente civilizados, que son los pueblos católicos.

Si á esto agregamos, A. H. M., la sancion dada por la antigüedad al infanticidio y á la esposicion de los niños, que nuestra religion santísima condena, y que ha procurado y procura evitar con sus santas prescripciones y con sus venerandos institutos encontraremos una prueba mas para confirmarnos que no hay civilizacion verdadera sin verdadera religion. ¡Ah! no nos ocupemos de ese horrible crimen que tanto repugna á la naturaleza, el asesinato de un hijo causado por su padre, ni de la esposicion de esas inocentes criaturitas condenadas por las pasiones á nacer y á no vivir mas; espantosos crímenes cometidos y autorizados en la China, en las Indias orientales y en otros países incultos. «Los progresos de la filosofia vinieron tambien, ha dicho un célebre escritor, á dar este nuevo testimonio de su malhadada influencia; la série progresiva de espósitos iba al nivel de la estension de sus luces. En 1670 eran quinientos doce los espósitos del Hospicio general de París; bajo la regencia del duque de Orleans el 1720 se contaban ya mil cuatrocientos veinte y cuatro; y bajo el gobierno de Luis XV por los años de 1745, tres mil docientos veinte y cuatro; y bajo el go-



bierno de Luis XVI, en que la filosofía habia llegado á su colmo, ya no tenían número, y hubo que crear nuevos hospicios donde recibirlos. He aquí los grandes beneficios de la filosofía del siglo.»

Y una filosofía cuya predicacion ha dado y viene dando tan tristes y funestos resultados ¿puede llamarse sin insultar los fueros de la moral, civilizadora y culta? En cambio la religion católica con sus enseñanzas y con sus instituciones, combatida, con harta injusticia ayer como hoy por el moderno filosofismo que levanta la bandera de la civilizacion moderna, salva con caridad divina la vida de los niños que no tienen culpa de haber nacido de una union ilícita; atiende con maternal solicitud á proteger el alumbramiento de esas desdichadas madres, abriendo casas de amparo donde estas se reciben bajo el mas riguroso incógnito; reciben en sus brazos á esos infortunados niños abandonados de sus madres, que vivirán siempre sin conocerlas y sin poder pronunciar ese nombre el mas tierno de todos, para entregarlos en brazos de la Hija de la caridad que la religion ha creado para que le sirva de madre, y le procure el alimento, y lo acerque á las aguas saludables del bautismo para hacerlo hijo de Dios, útil á su patria, y dichoso para siempre. ¡Ah! esto es verdaderamente civilizador, y noble, y digno sobre toda ponderacion. No es extraño, pues, que ese escritor antes citado haya dicho que «el bautismo salva mas niños entre las naciones cristianas que hombres destruye la guerra. Y sin embargo la filosofía no verá en el bautismo mas que una supersticion absurda, y la vereis reirse de esta institucion sublime que, aun considerada bajo de un punto de vista puramente político, seria todavía un beneficio inapreciable, y la obra mas perfecta de la humanidad.»

Amados hermanos míos: dichosos nosotros si convencidos de que la religion santísima que profesamos es la verdadera civilizacion de los pueblos, tanto en el orden intelectual por

sus enseñanzas, como en el orden moral por las virtudes que inculca, la amamos y la respetamos cada dia mas, sabiendo que sin ella no hay verdadera civilizacion, porque vana es la sabiduria que no se inspira en la sabiduria de Dios, y funesta y desastrosa la moral que no está cimentada en la religion verdadera, como acabamos de ver. La Santísima Virgen Maria, que como dije en un principio, nos ha advertido que «suyo es el consejo, y la equidad, y la prudencia, y la fortaleza; que Ella anda en los caminos de la justicia para enriquecer á los que la aman,» puede alcanzarnos de su Hijo santísimo y divino el amor con que debemos amar entrañablemente esa religion bendita que hace nuestras delicias, y nos ha civilizado, como civilizará y hará las delicias de toda sociedad que tenga la dicha de recibirla y la respete. Sea tambien María, nuestra dulcísima Madre, el modelo de nuestro amor á esa religion que Jesus, á quien dió á luz, á quien alimentó sobre la tierra, y acompañó hasta el sepulcro, nos trajo para nuestra ventura; corramos en pos de sus ejemplos acatando los preceptos de aquella, y no dudad que en su escuela aprenderemos la verdadera cultura, la ilustracion bien entendida, la moral perfectísima del Evangelio, la civilizacion cristiana, única que puede dar á los hombres un bienestar sólido sobre la tierra y procurarnos la fecicidad de los cielos, en donde con María Reina de los ángeles cantemos alabanzas sin cuento al que vive y reina por los siglos de los siglos. Amen.